Desde la Prisa...

Por Dolores Aleixandre

Sólo a mi puede pasarme que se me rompa la lavadora precisamente el día en que tengo que hora en el médico, cita con la tutora de mi hija Ana, recogerla luego en casa de mi cuñada que se la ha llevado al cine y mi marido desde Barcelona: "...me lo fotocopias y me lo mandas por correo urgente". Y por la noche, cena en casa de una amiga que está deprimida.

Termino exhausta de recoger la inundación y salgo de casa a toda velocidad, cruzando a lo loco para parar un taxi con riesgo de atropello. Y una vez dentro, lo que me faltaba: atasco en la M30. Parados. Bueno, yo parada no, porque **mi mente galopa sin resuello, escoltada por los fieles lebreles del agobio y la ansiedad.**

...dejándome mirar por Alguien que no me acosa, ni me exige, ni me reclama nada.

Me recuesto en el asiento, cierro los ojos y respiro profundo. Trato de sacar la prisa de sus escondrijos y de que me deje un poco tranquila. La pongo delante de mí, sobre la alfombrilla del taxi. Abro la ventanilla para ver si se escapa por ahí como el genio de Aladino. Un poco más relajada, saco el evangelio del bolso y lo abro:

"**Marta, Marta...** " (- Señor, que me llamo Encarnita...). Ya lo sabe, pero le debo recordar mucho a aquella amiga suya que pasaba como a mí: cada vez que él iba por Betania que era el pueblo donde vivía ella, se alojaba en su casa (Lc 10,32-41); pero como no avisaba nunca, a la tal Marta le entraba el delirium tremens de los preparativos: se ponía a cocinar cuatro cosas a la vez, medio histérica: "no me da tiempo, no me da tiempo..."

Miro a la otra hermana, a María, y me entra mucha envidia de verla tan tranquila, sentada junto a Jesús. Se levanta y me deja el sitio: "tengo que echarle una mano a Marta, si no se pone inaguantable..." Me siento sobre los talones como si fuera una gheisa y ni siquiera me dan calambres. La cosa empieza bien.

Jesús me mira y mi montaña de prisas empieza a derretirse. Al contarle mis agobios, noto que se van ordenando, como si los fuera guardando doblados y limpios en un armario que huele a lavanda.

"No hay más que una cosa que es de verdad importante". Y me asombro al darme cuenta de que, en el fondo, eso que es lo "único necesario" está ya en el fondo de mi corazón lleno de nombres, lleno de rostros de personas que quiero y a las que quiero demostrar mi cariño. Sólo que tengo que aprender a hacerlo sin empeñarme en atender a diez asuntos a la vez, sin acelerarme, sin pretender llegar a todo, sino poniendo las cosas una detrás de otra y **encontrando espacios de sosiego como éste con más frecuencia, dejándome mirar por Alguien que no me acosa, ni me exige, ni me reclama nada.**

Me entran ganas de rezar el Padre nuestro junto a Jesús y ahí se acaba de serenar mi ansiedad: al decirlo despacio, me doy cuenta de él también tiene prisas, pero diferentes: la de que todos nos enteremos de que a Dios podemos llamarle Padre y Madre; la de su apasionamiento por el sueño de Dios que es un mundo de hijos y hermanos reconciliados; la de contagiarnos la urgencia de que el que el pan y los bienes, que son de todos, lleguen a todos, porque en eso consiste eso que él llama Reino.

"Son 1.215, señora". Hemos llegado. Pago al taxista y le doy una propina espléndida: al fin y al cabo me ha llevado hasta Betania.

Doblo la esquina de la casa del médico y desde el bar de enfrente me llega el aroma de bollos recién hechos. Cruzo la calle y entro a tomarme un café y un croissant a la plancha.

Hace una tarde preciosa.